

CAPITULO V

PRUEBAS SOCRÁTICAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS

I. Prueba por la causa eficiente.—II. Prueba por la causa final.

I

El pensamiento de Dios es para Platón el pensamiento fundamental de toda razón; representa á la vez el objeto de la ciencia y la ciencia misma en su perfección; es la unidad que sirve de medida á todas nuestras ideas. Así que, cuando se trata de probar la existencia de Dios, Platón difícilmente y como á pesar suyo se resigna á ello, creyendo que semejantes pruebas serían en absoluto inútiles, sin los prejuicios difundidos entre los hombres.

Como el Bien ó Dios está por encima de la definición, así también lo está de la demostración lógica. Por consiguiente, demostrar á Dios no puede ser otra cosa que volver hacia él el órgano de la inteligencia, de igual manera que se demostraría la existencia del sol, volviendo hacia él el órgano de la vista. En otros términos, es hacer clara y distinta la confusa y oscura intuición que existe en el fondo de toda alma. Como esto concierne á la dialéctica, se puede considerar á la dialéctica entera como una prueba *ascendente* de

la existencia de Dios. Esta es la verdadera prueba platónica.)

No obstante, Platón reprodujo y profundizó las pruebas de Sócrates, que son dos. Platón las considera como demostraciones vulgares, muy inferiores á la prueba dialéctica, pero útiles para el común de los hombres.

Los diálogos de Platón contienen, bajo la forma más explícita, todos los principios filosóficos de la prueba por la causa eficiente, y en particular por la causa motora.

PRIMER PRINCIPIO.—*Todo cambio tiene una causa.*—
«Todo lo que nace procede, necesariamente, de una causa; porque nada de lo que ha nacido puede haber nacido sin causa... Considera, si te parece necesario, que todo lo que es producido lo sea en virtud de alguna causa... Se puede decir, con razón, que *la causa y lo que ésta produce* son una misma cosa. Lo que produce, ¿no conduce ó guía siempre por su naturaleza? Y lo que es producido, ¿no sigue, en cuanto efecto?» Aquí se trata, como vemos, no de una anterioridad en el tiempo, sino de una anterioridad metafísica. La causa es *primera* en dignidad; el efecto es relativo, *dependiente y consiguiente*. «Son, pues, dos cosas y no la misma lo que la causa y la potencia de la causa hacen pasar á la existencia.» «Hemos llamado *potencia capaz de obrar* á toda potencia que es causa de que *lo que no era pase á ser.*» Esta última definición tiene toda la precisión deseable; los dos extremos de la *generación* son el no ser y el ser; la causa es la potencia que obra.

SEGUNDO PRINCIPIO.—*Lo que existe en el efecto se halla como Idea en la causa.*—En el *Filebo*, después de haber establecido la necesidad de una causa produc-

tora, Platón se pregunta si esta causa está privada de razón, si es temeraria y obra al azar, ó si es inteligente. Para resolver esta cuestión, examina la naturaleza de los efectos: «Por respecto á la naturaleza de los cuerpos de todos los animales, vemos los elementos que entran en su composición, el fuego, el agua, el aire y la tierra, batidos por la tempestad, como dicen los marineros... No tenemos de cada uno de ellos más que una parte *pequeña* y despreciable, que no es *pura* de ningún modo y en ninguno de nosotros, y la fuerza que muestra no responde de ninguna manera á *su esencia*... Por ejemplo, hay fuego en nosotros: lo hay también en el universo. El fuego que tenemos, ¿no está allí en pequeña cantidad, débil y despreciable? Y el que hay en el universo, ¿no es admirable por la cantidad, la belleza y toda la fuerza natural del fuego?—Lo que dices es la verdad.—Pero ¿cómo? El fuego del universo, ¿está formado, nutrido, regido por el fuego que hay en nosotros; ó, por el contrario, mi fuego, el tuyo, el de todos los animales, recibe todo lo que posee del fuego existente en el universo?» Así, en general, la cosa de la cual otra cosa participa, contiene, bajo una forma superior, aquello de que es parte. El fuego que hay en el hombre participa del fuego universal, que participa del *fuego en sí*, de que habla el *Timeo*. «Dirás, según creo, lo mismo de esta tierra que pisamos, cuyos animales todos son compuestos, y de la que hay en el universo, así como de todas las demás cosas sobre las cuales te interrogué hace un momento... ¿No hemos dado el nombre de cuerpo al conjunto de todos los elementos de que acabé de hablar?—Bien.—Figúrate, pues, que lo mismo sucede con lo que llamamos universo, porque siendo compuesto de los mismos elementos, es también un cuer-

po por la misma razón.—Muy bien.—Te pregunto si nuestro cuerpo está nutrido por el del universo; ó si éste recibe del otro su nutrición, y si ha recibido y recibe de él lo que entra, como hemos dicho, en la composición del cuerpo.—Esta cuestión, Sócrates, no ha menester respuesta.—¿No diremos que nuestro cuerpo tiene un alma?—Sí.—¿De dónde lo habrá tomado, mi querido Protarco, si el cuerpo del universo no está animado, y no tiene las mismas facultades, y otras aún más excelentes que el nuestro? El mundo pequeño es, pues, imitación del grande; no puede contener nada que no contenga, en grado más perfecto aún, el mundo grande del cual recibe la vida; y todo lo que hay en el hombre debe tener su realidad eminente en una causa universal. «No concebiremos que este elemento de la *causa*, que se halla en todo, que nos da á nosotros en particular, un alma, una fuerza vital, conservadora y reparadora de la salud, y que produce en otras mil cosas otras composiciones y reparaciones, reciba por eso el nombre de sabiduría universal y variada; y que, en la inmensidad del mundo que encierra también estos cuatro géneros, pero en mayor escala, y con una hermosura y pureza sin igual, no se halle el género más bello y excelente de todos.» Hay, pues, en el mundo, como en el cuerpo humano, un pensamiento siempre presente, que merece, con justísimo título, el nombre de sabiduría é inteligencia. «Mas no puede haber sabiduría ni inteligencia donde no hay alma. Así, dirás que en Júpiter hay, *en calidad de causa*, un *alma* real, una *inteligencia real*, y en las demás naturalezas, otras excelentes cualidades (derivadas de ésta), cualquiera que sea el nombre con que cada uno guste de designarlas.»

En resumen, la presencia en nosotros de un alma

supone en la causa cósmica un alma de la cual participa la nuestra. Nuestra alma recibe su vida de la del universo, y el universo, á su vez, puede ser considerada como un gran Viviente, que recibe su vida del alma y de la inteligencia divinas. Por este respecto, Dios es el *Alma del mundo*, esclarecida por el *Pensamiento* eterno, hijo del *Bien*. Y en todos los seres se encuentra en algún grado la vida, el pensamiento y el bien.

TERCER PRINCIPIO.—*Toda verdadera causa es inteligente.*—«No vayas á creer, Protarco, que hayamos echado este discurso en vano. Por de pronto, viene en apoyo de los que en otro tiempo han sostenido que la inteligencia preside siempre al universo, en particular á Anaxágoras. Además, da la respuesta á mi cuestión, á saber: que *la inteligencia es de la misma naturaleza que la causa...* Recordemos, por tanto, que la inteligencia tiene afinidad con la causa, y que es casi del mismo género que ella.» Se trata aquí de la inteligencia en general, incluso de la inteligencia humana. En cuanto á la inteligencia divina, es lo más próximo á la causa, siendo la causa el Bien mismo. Más lejos, Sócrates hace ver que la inteligencia es la cosa más afin á las tres ideas en las cuales percibimos el bien. En primer lugar, es «ó *la misma cosa que la verdad* ó lo que más se le asemeja y lo que hay de más verdadero. Además, es amiga de la *medida* y de la *proporción*. Finalmente, participa de la *belleza* en mayor grado que todas las demás cosas. Es, pues, *lo que tiene más afinidad con el sumo bien*, así como con la *causa*». Las causas ininteligentes «son del número de las causas secundarias ó auxiliares de que Dios se sirve para representar la Idea del Bien tan perfectamente como es posible. No puede haber en ellas ni razón ni

inteligencia. Porque, de todos los seres, *el único que puede poseer la inteligencia es el alma*; ahora bien, el alma es invisible, mientras que el fuego, el agua, la tierra y el aire son todos cuerpos visibles. Mas el que ama la inteligencia y la ciencia debe buscar como verdaderas causas primeras las *causas inteligentes* y colocar en el rango de causas secundarias á las que son movidas y mueven necesariamente (es decir, las causas *fatales*, que no se mueven á sí mismas, sino que cada cual es *movida y mueve* á su vez, transmitiendo así un movimiento que no le es propio). Es menester seguir y exponer estos dos géneros de causas, tratando separadamente de las que producen *con inteligencia* lo que es *belleza y bondad*, y de las que, desprovistas de razón, obran al azar y sin orden.»

CUARTO PRINCIPIO.—*Prueba por la causa motora.*—Esta prueba no es más que una aplicación particular de los principios generales que preceden. Entre los efectos que pueden servir para demostrar la existencia de Dios, Platón ha escogido el más contundente y el más conocido: el movimiento. Deduce una prueba particular, para uso del legislador, que debe inscribirla en el preámbulo de sus leyes sobre el sacrilegio. «Es difícil dar con el autor y el padre del universo, é imposible, después de haber dado con él, hacerlo conocer á todo el mundo.» En el libro X de las *Leyes*, Platón rebaja en un grado, al divulgarla, la idea tan alta que se formaba de la divinidad. Representa á Dios, sobre todo, como alma del mundo, haciendo vislumbrar la relación de esta potencia divina con las potencias superiores que contiene el Bien.

Platón reconoce, como Aristóteles, tres especies de movimientos, según el lugar, la cualidad y la cantidad: 1.º, los movimientos de traslación, que el *Timeo*

enumera y que ascienden á siete; 2.º, los movimientos de alteración; 3.º, los movimientos de aumento y disminución, de agregación y separación. Hay sustancias «que pueden comunicar su movimiento á otras, pero que jamás tienen fuerza para moverse á sí mismas, otras que se mueven siempre por sí mismas y tienen la virtud de poner en movimiento á otras sustancias, por la composición ó la división, el aumento ó la disminución, la generación ó la corrupción». El movimiento de la sustancia, que se mueve á sí misma, se acomoda igualmente al *estado activo* que al *pasivo*, y con verdad se le puede llamar el principio de todos los cambios y de todos los movimientos que hay en el universo.» En efecto; «cuando una cosa produce un cambio en otra, ésta en una tercera y así sucesivamente, ¿se puede decir que hay para estas cosas un primer motor? ¿Cómo lo que es movido por otro ha de ser el principio del cambio?» El verdadero motor es el que se mueve á sí mismo, es decir, el alma. El alma se define: «una sustancia que tiene la facultad de moverse á sí misma». El alma es, pues, anterior al cuerpo; es *el más antiguo de todos los seres*, y de igual manera «todo lo que pertenece al alma es anterior á lo que pertenece al cuerpo. Por consiguiente, las voluntades, los razonamientos, las opiniones verdaderas, la previsión y la memoria han existido antes de la longitud, la latitud, la profundidad y la fuerza de los cuerpos, puesto que el alma misma ha existido antes del cuerpo... El alma, que es una divinidad (es decir, una potencia divina), llamando siempre en su ayuda á otra *divinidad*, la *inteligencia*, gobierna todas las cosas con sabiduría y las conduce á la verdadera felicidad, pero lo contrario sucede cuanto toma consejo de la extravagancia.» El carácter simbólico de la demostración

es aquí evidente. Platón quiere demostrar solamente al vulgo que hay *dioses*, seres superiores á la materia y al hombre: el *alma* universal y la inteligencia divina. «Mas ¿qué alma creemos gobierna el cielo, la tierra y todo el universo? ¿Es el alma que posee la sabiduría y la bondad, ó la que no tiene ni la una ni la otra? Si es verdad que los movimientos y las revoluciones del cielo y de todos los cuerpos celestes se asemejan esencialmente al movimiento de la inteligencia, á sus procedimientos y á sus racionios; si unos y otros siguen la misma marcha, se puede concluir con evidencia que el alma, impregnada de bondad, rige el universo, y que es la que lo conduce como la que lo ha hecho.» «El movimiento de las esferas celestes es lo mismo que el de la inteligencia: es circular, y reúne por esto la variedad y la unidad, ejecutándose según las mismas reglas, de la misma manera, en el mismo lugar, guardando siempre las mismas relaciones, tanto respecto del centro como de los puntos de la circunferencia con arreglo á la misma proporción y al mismo orden.» «Si el alma mueve todo el cielo, ¿no es el principio de las revoluciones del sol, de la luna y de cada astro en particular?... Todo hombre ve el cuerpo del sol, pero nadie ve su alma, como tampoco la de ningún animal viviente ó muerto... O esta alma está en el interior de ese cuerpo redondo que vemos y lo conduce por todas partes como nuestra alma conduce á nuestro propio cuerpo, ó dándose á sí misma un cuerpo extraño, ya de fuego, ya de alguna sustancia aérea, como algunos pretenden, se sirve de este cuerpo para dar fuerza al sol, ó, finalmente, *desprendida* de todo cuerpo, dirige al sol *por medio de otras fuerzas admirables.*» Esta última hipótesis expresa claramente el pensamiento de Platón. El alma que

dirige los astros está, pues, desprendida de todo cuerpo; obra *mediante fuerzas admirables* de que nuestra imaginación no se puede formar idea. Esta alma universal es la misma alma divina, penetrando todas las cosas, animándolo todo con su propia vida, comunicándose de un modo misterioso á los astros del cielo y á los animales de la tierra. «Todo está lleno de dioses», dice Platón; y por esto entiende, no una multiplicidad de dioses verdaderos, sino un solo y mismo Dios en potencias y formas variadas, por quien toda cosa se mueve, vive y existe, sin que se confunda con ninguno de los seres que anima é *informa*.

II

Que Platón haya conocido y descrito la causa eficiente, la causa motora, es lo que está fuera de toda duda, á despecho de las objeciones de Aristóteles. Pero ¿no se ha elevado á más altura? ¿No ha conocido la causa final, que obra sin moverse, y por esto es superior á las causas movibles?

El dios de que habla el libro X de las *Leyes*, se mueve él mismo; pero, al fin, se mueve; esta potencia divina del alma, si fuese sola, parecería muy inferior al Ideal concebido por la razón. Platón, ¿no irá, por consiguiente, más allá de una causa móvil y, en consecuencia, múltiple; él que, como sabemos, está prendado de lo Uno y de lo Inmutable? Contradicción imposible de que se le ha acusado á pesar de todo, como hemos visto, sin perjuicio de echarle luego en cara su amor á las Ideas inmóviles. Pero estas Ideas inalterables, que se esfuerzan en reproducir todos los seres sujetos á mudanza, ¿qué son sino causas finales? He-

mos demostrado que hay identidad entre la causa final y la causa ejemplar, que todas dos representan un objeto perseguible, un ideal realizable. Si la Idea, considerada en sí misma y de un punto de vista abstracto, no es la causa efectiva y motora, es al menos la razón que explica la acción misma de esta causa. Es, pues, un principio superior á la potencia activa; es el bien mismo, ó, al menos, una forma del Bien; es el *fin inmóvil*. Esta interpretación no es una simple hipótesis, por la cual atribuyésemos á Platón el pensamiento de Aristóteles. La verdad es que, en este punto como en muchos otros, Aristóteles ha compartido en alto grado, acaso sin darse cuenta de ello, las doctrinas de su maestro. Veremos más tarde el punto único que las divide.

Si la causa eficiente se revela por el movimiento, la causa final se revela por el orden de este movimiento y por las leyes inteligibles á que éste está sometido. Un fenómeno material atrae la presencia de una causa motriz, una forma del pensamiento atrae la causa final. El movimiento demuestra el alma; el orden del movimiento demuestra la inteligencia, y la inteligencia, á su vez, demuestra el bien, porque el bien es el *objeto* de la inteligencia, como es el *fin* del alma. «Si, pues, alguno quiere averiguar la causa de cada cosa (no la causa eficiente, sino la razón *última*, la razón suprema), cómo nace, perece ó existe, no tiene más que averiguar la mejor manera de que pueda existir. Es lo que Sócrates llama *el principio de lo mejor*. «Creía haber encontrado en Anaxágoras un maestro que me explicaría, según mis deseos, la razón de todas las cosas, y que, después de haberme dicho primero si la tierra es plana ó redonda, me enseñaría la *necesidad* y la *causa* de la forma que puede tomar,

apoyándose en el principio de lo *mejor* y probando que debe tener tal ó cual forma *por lo mejor*.» Este método ha sido empleado, hasta con exceso, en el *Timeo*. Se le ha vituperado también por haber abusado de las causas finales, en tanto que otros le echaban en cara el haberlas desconocido. En realidad, las considera como una de las mejores pruebas de la existencia de las Ideas y de Dios.

Ya hemos visto cómo, en el *Timeo*, Platón concluía de la bondad del autor la bondad del mundo; en las *Leyes*, en el *Sofista*, en el *Filebo*, en el *Fedon*, concluye de la bondad de la obra la bondad de la causa primera, que es al mismo tiempo el fin último del movimiento de la naturaleza (1).

También se puede considerar el Bien, «al cual toda alma aspira (2)», como el fin de los deseos de la humanidad, y este nuevo punto de vista suministra otra prueba de la existencia de Dios. La inquietud de nuestra alma, semejante al movimiento con que la Naturaleza es agitada, revela un fin real, ya presente en nosotros de alguna manera, y, sin embargo, separado de nosotros por una inmensidad. Este objeto del amor es el Bien.

(1) Aristóteles mismo dice también que, según Platón, los números desean la unidad, como si fuese el Bien y su fin.

(2) *República*, VI.
